

CAPILLA ALFONSINA

JOSE MANUEL SARTORIO

Nació el Bachiller José Manuel Mariano Aniceto Sartorio, hijo del italiano D. Jorge José Sartorio y de la mexicana Doña Catalina Cano, en la ciudad de México, el 17 de Abril de 1746. Aunque pobre, recibió educación bastante extensa; estudió latín con D. Ildefonso Falcón; entró al Colegio jesuítico de San Ildefonso, donde se distinguió por su facilidad de asimilación y de palabra, y obtuvo una beca que conservó hasta 1767, fecha de la expulsión de los Jesuítas. Estudió además, de las materias oficiales de curso, varias lenguas vivas, y con el tiempo llegó á poseer una biblioteca de cuatro mil volúmenes. Abrazó el sacerdocio, y fué activísimo predicador y confesor. Aunque se le pinta como hombre modesto, piadoso y caritativo, y aunque su prestigio era grande, nunca pasó de presbítero, probablemente por ser mexicano y de educación jesuítica: aun para ordenarse había encontrado dificultades por parte del Arzobispo Núñez de Haro, quien puso objeciones á su afición por la teología de Suárez.

Tuvo, no obstante, gran número de cargos: Rector del Colegio de la Asunción, de infantes, adscrito á la Catedral de México; catedrático de historia y disciplina eclesiásticas en el Seminario Correccional de Tepozotlán; capellán del Convento y hospital del Espíritu Santo, en México; Rector y capellán de la Casa de Misericordia; capellán penitenciario del Cristo de Santa Teresa y del Monasterio de Religiosas de Jesús María; prefecto espiritual de cárceles; pro-secretario del Cabildo metropolitano. Merced á su prestigio de escritor, fué comisionado por el gobierno virreinal para la censura de obras teatrales, y por la Mitra y la Jurisdicción Real para la censura de libros y periódicos; se le nombró además

D. A. N. L.

examinador sinodal del Arzobispado de México; fué presidente de la Academia de ciencias morales de San Joaquín, así como de la Academia de humanidades y bellas letras de San Ildefonso. De su nombre hicieron sus admiradores el anagrama *Is orator*.

Durante la guerra de independencia, se interesó por los mexicanos, y, contraviniendo las órdenes virreinales, se negó á predicar contra la revolución. Se hizo, por tanto, sospechoso á las autoridades, y el Fiscal de la Inquisición procuró se ordenara prenderle: de ello le salvó lá intercesión de la Condesa de Regla. Aunque esta actitud le atrajo malquerencias, su prestigio no decayó, y en las primeras elecciones populares de ayuntamientos, al promulgarse la Constitución española (1812), fué nombrado elector por la parroquia de San Miguel, en unión del Lic. Carlos María de Bustamante, y aclamado por la multitud en las calles. Su popularidad, dice el mismo Bustamante, era *romana*.

Consumada la independencia, fué vocal de la Junta Provisional Gubernativa, y firmó el acta de emancipación, el 28 de Septiembre de 1821, el mismo día en que predicó como orador sagrado de la función de gracias celebrada en la Catedral de México. Hizo gestiones, sin éxito, dentro de la Junta Gubernativa, para que se permitiera el regreso de los Jesuitas. Fué amigo de Iturbide, y le felicitó, á nombre del clero, por su ascensión al trono; el Emperador le concedió la Cruz de Guadalupe.

Caído el efímero imperio, Sartorio estuvo á punto de sufrir expulsión; se le respetó, sin embargo, y se le dejó vivir en paz, en su ancianidad ya extrema. Murió en México el 28 de Enero de 1829. La Archicofradía de la Misericordia le hizo exequias solemnes en el Templo de la Santa Veracruz, el 21 de Febrero del mismo año: pronunció la oración fúnebre el Dr. D. José María Torres Guzmán, Rector del Colegio de San Ildefonso.

BIBLIOGRAFÍA.

La labor de Sartorio duró sesenta años, y abarca multitud de obras, de las cuales dá Beristáin una lista que á continuación comendiamos.

Inéditas hasta 1821: veinte volúmenes de sermones; respuesta á las observaciones de Bossuet sobre la *Mística Ciudad de Dios* de la Madre Ágreda; colección de censuras de libros y obras teatrales; traducciones del *Viaje de la Virgen*, de San Buenaventura, y de la *Vida de Pío VI* (francesa); y otras más, traducidas y originales, entre las que se cuentan las poesías, publicadas después póstumamente.

Publicadas: veinte novenarios, septenarios, triduos, jaculatorias, himnos y otros folletos religiosos, uno de ellos traducido del portugués, desde 1765 hasta 1815. El Dr. Nicolás León, en su *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, describe tres de estos folletos (uno en dos ediciones). De ellos se tomaron probablemente muchos versos para la colección póstuma de poesías de Sartorio.

La parte debida á las benditas almas de los sacerdotes. Sermón predicado el 23 de Noviembre de 1784. México, 1785. Imprenta de los herederos del Lic. D. Joseph de Jáuregui. (Lo describe el Dr. Nicolás León en su *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*.)

Elogio del Señor D. Carlos IV, agosto Rey de España. Premiado por la Universidad. México, 1791. (Según Beristáin.)

Liras, al mismo asunto, premiadas. México, 1791. (Según Beristáin.)

La felicidad de México en el establecimiento de la V. Orden Tercera de Siervos de María. Sermón predicado el 2 de Febrero de 1792. México, 1792. Imprenta de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros. (Lo describe el Dr. Nicolás León, obra citada; y existe en la Biblioteca Nacional de México, página 408 del catálogo de la Novena división.)

La imagen de María triunfante de las aguas. Oración pronunciada el 2 de Agosto de 1797. México, 1797. Imprenta de D. Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros. (Lo describe el Dr. León, *op. cit.*)

Carta edificante de la Vida de la M. R. M. María Josefa de San Ignacio, Abadesa del Convento de Regina Coeli de México, México, 1810. (Según Beristáin.)

Gozo del Mexicano Imperio por su independencia y libertad, Oración que en la fiesta de instalación de la Junta Suprema Provisional Gubernativa, celebrada en la Santa Iglesia Metropolitana de México, dijo el presbítero mexicano D. José Manuel Sartorio, Vocal de la misma Junta, el día 28 de Septiembre de 1821, y dedica al Exmo. Sr. D. Agustín Iturbide, primer jefe del Ejército Trigarante, D. Alejandro Valdés, Regidor de esta nobilísima ciudad é impresor imperial. (Existe en la Biblioteca Nacional, página 248 del catálogo de la Octava división.)

Poetas sagradas y profanas. Puebla, 1832. Imprenta del Hospital de San Pedro, á cargo del ciudadano Manuel Buen-Abad. 7 volúmenes en 8º

CONSULTAR: José Mariano Beristáin de Souza, artículo *Sartorio* en la *Biblioteca Hispano-americana Septentrional*; *Solemnnes honras* que á la buena memoria de los ciudadanos Br. José Manuel Sartorio y teniente coronel Ignacio Paz de Tagle dedicó

la Archicofradía de la parroquia de la Santa Veracruz, México, 1828, imprenta de Alejandro Valdés (Biblioteca Nacional, página 311 del catálogo de la Novena división); Manuel Berganzo, artículo *Sartorio* en el *Diccionario de Historia y Geografía*, México, 1853-1856; Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, capítulo VIII, *Sartorio, y Novelistas oradores mexicanos*, cap. VIII.

ICONOGRAFÍA:

Solo un retrato, imperfectísimo, se conoce de Sartorio: el que aparece grabado en madera, en el Tomo I de sus *Poetas*, cuya portada dice: *Himnos del Brevario Romano*.

P. H. U.

ALABANZAS DE PARTENIO.

I.

Busca Partenio entre las flores una imagen de su adorada, y llora su ausencia.

Enfermo de amor me miro
en este funesto valle
desde que tú, dulce dueño,
el corazón me flechaste.

Me lo has herido, y yo siento
la saeta, que me hace
que tu dulce amor me queme,
que tu suave ardor me abrase.

Sé bien que eres quien me ha herido,
aunque el arpón disparaste
sin que mis ojos pudieran,
bella saetera, mirarte.

El dardo tiraste; pero
no solamente ocultaste
la mano con que me heriste,
sino todo tu semblante.

No porque yo no supiese
que tú me herías, pues sabes
que todos sabemos que eres
la que de esto haces alarde.

Sí, porque así tu hermosura
se me hiciese más deseable,

y mientras más escondida,
más por ella suspirase.

Dulce es la herida; mas mira
que es también pena á un amante
que estando de amor herido
á ver quien le hirió no alcance.

Allá escondida en el cielo
te estás tú, flechera amable,
y no sé como sin verte
puedo vivir un instante.

Herido de amor estoy,
y la ausencia lamentable
me hace penosa la herida,
me hace la llaga más grande.

Consuélame, pues me heriste;
y pues me enfermaste, dame
el alivio de la pena
que me consume y deshace.

Háblame, dulzura mía,
suene á mi oído tu voz suave,
tu hermosura vean mis ojos,
tu bello rostro me encante.

Vuelve, hermosa Sulamita,
y no mis ruegos te enfaden;
vuelve, Sulamita bella,
á ver tu rostro agradable.

Mas ¡ay! que por más que ruegue,
mas ¡ay! que por más que clame,
oigo una voz que me dice
que aún no es tiempo y que me aguarde.

Seguiré, pues, con la pena,
mi bien, de no divisarte,
aunque algún ligero alivio
veré si me dá tu imagen.

Iré á buscarla, mi vida,
confiado de que la halle;
pues sé que un amante tuyo

muchas dejó en todas partes.

Y es que como te quería,
se ocupaba en retratarte
en cuantas obras salieron
de sus manos admirables.

Mas, pues de amores enferma
y lánguida mi alma yace,
y son las flores muy buenas
en enfermedades tales,

Me ire á tender entre flores,
las llamaré á rodearme;
que puede ser venga entre ellas
alguna que te retrate.

Allí diviso un jardín,
de Flora mansión brillante,
do campean flores bellas,
do gorgean dulces aves.

Voy caminando hacia él:
apresúrome, que ya abre
sus puertas el jardinero
como si á mí me aguardase.

Entro, siéntome á la sombra
de este arbol, cuyo ropaje
ofrece á los pajarillos
domicilio, sombra y catre.

Su sombra tomo: ¡qué fresco
siento al acostarme! aunque
me es más consuelo y delicia
la sombra que tú me haces.

Desde aquí llamando iré
á esas flores rozagantes,
por ver si entre ellas encuentro
de tu beldad una imagen.

Flores galantes,
pues de amores enfermo,
venid, rodeadme.

Vén, hermosa granadilla,

enséñame tu follaje;
á ver si hallo de mi bien
en tí huellas y señales.

¡Ah! ya miro esa corona
como de espinas punzantes;
veo los clavos, veo la cruz,
veo la columna y ramales.

Una imagen pienso veo
(Dios, florecita, te guarde)
que su corazón me pinta
en cierto lúgubre lance.

Cuando á su Doncel hermoso,
llenas de horrible coraje,
hirieron manos alevés
con instrumentos infames,

Así estaba su piadoso
tierno corazón amante
recibiendo golpes crueles
de ciertas manos salvajes.

Al rededor lo ceñían
cambrones muy penetrantes,
y en la cruz con clavos tres
lo vió el Esposo de sangre.

Tal su corazón estaba:
tú algo me lo retrataste;
mas ya la azucena viene;
lugar, granadilla, dale.

Flores galantes,
pues de amores enfermo,
venid, rodeadme.

¡Qué blancura tan hermosa!
¡Qué candor tan deleitable!
Seas, lirio, bien venido,
tirando de nieve gajes.

Describeme en hora buena
de su pureza radiante
la blancura y los candores

siempre puros é inviolables.

Yo al verte, blanca azucena,
me acuerdo de que un su amante
á la azucena entre espinas
comparó á mi dulce Madre.

Como de espinas nació
de inficionado linaje,
sin que la culpa la ofenda,
sin que la espina la agravie.

Antes de su parto pura,
en su parto más brillante,
después del parto luciente,
¿quién no al lirio la compare?

Parece que imagen eres
de mi dueño; pero baste:
retírate aquí, azucena,
que ya amante Clicie sale.

Flores galantes,
pues de amores enfermo,
venid, rodeadme.

El girasol ha venido,
que es del abril el gigante,
y el seguidor del planeta
por la mañana y la tarde.

Pues si en brazos de la Aurora
se levanta el Sol infante,
si corre hacia su zenit,
si se sepulta en los mares,

Siempre el girasol siguiendo
va su carrera constante:
cuando nace se le empina,
cuando muere se le abate.

No de otra suerte mi dueño
siguió á su sol admirable,
sin perder de vista un punto
sus bellos pasos solares.

Tras él sus afectos se iban;

tras él sus ansias amantes,
ya cuando nació entre fiestas,
ya cuando murió entre ultrajes.

Mas ya mira el girasol
al jacinto apresurarse
por llegar; y al que ver llega
le hace señas de que pase.

Flores galantes,
pues de amores enfermo,
venid, rodeadme.

¿Qué me traes, bello Jacinto?
¿Qué vienes á demostrarme?
Desplega él sus tiernas hojas,
y muestra el lay! con que nace.

Quizá de mi corazón
un retrato viene á darme
mostrándome en su lay! nativo
mis tristes lúgubres ayes.

Pero no; que es de mi dueño
de quien el retrato me hace,
diciéndome que hay en ella
cuanto pueda desearse.

Que hay delicias y dulzuras:
que hay recreos y solaces:
que hay perfecciones y prendas:
que hay clemencias y piedades:

Que hay cuanto el alma apetece:
cuanto honesto y útil place;
y que hay, junto en ella sola,
cuanto en todo se reparte.

A este punto ya la rosa
se acerca con pasos reales,
trayendo de grana y nieve
bello pomposo ropaje.

Como á reina del jardín
honoros ví tributarle,
inclinándose las flores

para que entre ellas pasase.

Flores galantes,
pues de amores enfermo,
venid, rodeadme.

Mil bellezas luego ostenta:
¿mas para qué es dilatarme?
Le digo: si de las flores
eres reina, no te canses.

Con decirme que eres reina,
basta para acordarme
de mejor reina los timbres,
las glorias y majestades.

Reina es mi adorado dueño,
á quien rinden homenajes
cielos, sol, luna y estrellas,
tierra, flores, plantas y aves.

A quien sujetos se rinden,
perlas, rubíes, diamantes,
cornetinas y amatistas,
esmeraldas y granates.

A quien rendidos se inclinan
ya los brutos montaraces,
ya los nadadores peces,
ya los pájaros volantes.

A quien Señora apellidan,
á quien Soberana aplauden
los jóvenes y doncellas,
los pequeños y los grandes.

A quien por fin reverencian
en los coros celestiales
por Emperatriz los tronos,
por Reina las potestades.

Celébre la enhorabuena,
y hagan salves imperiales
las flores del paraíso
á esta rosa incomparable.

Mas cuando pensaba yo

haber hallado su imagen,
advierto ya que no encuentro
cosa alguna que le iguale.

Sois bosquejos, tiernas flores,
es verdad; mas muy distantes,
que no llegáis ni de lejos
á su belleza inefable.

No haría más, si con vosotras
yo compararla pensase,
que comparar con la escoria
el oro de más quilates.

Con que ya baste
de venir, bellas flores,
para rodearme.

Estaos quietos, alelés:
ya no vengáis, tulipanes,
campanillas y violetas;
que no podéis consolarme.

Pero venid, sí, en buen hora,
que aunque en vosotras no halle
su imagen, podréis servirme
de dón para sus altares.

Tejeré curiosamente
con primorosos enlaces
ramilletes olorosos
que ofrecerle y presentarle.

De esto sí podréis servirme;
más no podréis alegrarme
mientras que yo rostro á rostro
no llegue á ver su semblante.

Solo sois cortos diseños;
y una vez que yo no alcance
á ver á la que me ha herido,
nada es capaz de alegrarme.

Con que, pues entre vosotras
no he hallado al menos su imagen,
dejadme ir ya con mi pena

á llorar mis soledades.

Pero cuando me despido
de aqueste pensil fragante,
os dejaré aquí una letra
escrita en estos umbrales:

Sabeos, flores: su belleza
eterna es, la vuestra frágil.
adiós, pues, jardín ameno;
adiós, florecitas suaves.

II

*Convida Partenio á los vientos para que lleven sus
requiebros á su amada Señora.*

Vientos que estáis retozando
con esos claveles bellos,
para escuchar mis razones
parad un poco los vuelos.

Parad: no vuestro murmullo
estorbe oír mis afectos:
que hoy os deseo testigos
y os apetezco correos.

Soy un amante que ardo
de amor del más bello objeto
que entre las puras criaturas
dió á luz el poder inmenso.

No diré amante sin vida,
porque decirlo no puedo,
cuando es el objeto que amo
la vida que me da aliento.

Pero si vivo, es mi vida
pena, dolor y tormento,
mientras ausente me miro
del dulce bien por quien peno.

Vientos, pues, si hacer gustáis
á aqueste amante un obsequio,
id á decir á mi amada,
idle á decir que la quiero.

No os negaréis á mi encargo,
pues sois de mi Reina siervos;
y así escuchad mis clamores,
é id á llevárselos luego.

Decidla que mi clamor
á su amor tiene por eco;
que ella es á quien tierno clamo;
que ella es á quien amo tierno.

Que en este destierro triste
otra delicia no tengo
que aplaudir sus perfecciones,
que cantar sus privilegios.

Que la amo tanto que si
fuese mío el orbe entero,
yo lo pondría á sus plantas,
de su amor cautivo y preso.

Que . . . Pero ya me retracto:
ya no quiero que mis ecos
los llevéis, vientos, vosotros,
de mi bien al solio excelso.

Quiero amarla con substancia,
y para esto no sois buenos,
pues tiene substancia poca
amor que se lleva el viento.

Apelo ya á mis suspiros.
Vosotros, suspiros tiernos,
correos sois más veloces,
y sois correos más ciertos.

Id presto, suspiros míos:
id á decir á mi dueño
que con todas veras la amo,
con todas veras la quiero.

¡Ay! decidle que penando
¡ay! en mi triste destierro
¡ay! estoy, porque no miro
¡ay! á la por quien me muero.

V.

Desahoga Partenio las llamas de su casto amor.

¡Oh qué incendio! ¡Oh qué llama!
¡Oh qué suave fuego, que ardoroso,
mi dulce Reina, inflama
mi corazón feliz! ¡Qué impetuoso
mongibelo le enciende tu atractivo
al soplo suave de tu amor activo!
¿Cómo no he de abrasarme
si tus ojos me prenden tanto fuego?
¿Cómo no he de quemarme
cuando á mirar esos luceros llego?
¡Ay, que me abrasan esos soles bellos!
¡Ay, que el amor me quema oculto en ellos!
¡Oh, qué suaves ardores
me disparas, mi bien, con arcos tales!